

LA PAZ: FUNDAMENTO DE UNA NUEVA CIVILIZACIÓN

Radomiro TOMIC

SUMARIO: I. *La preparación para la guerra.* II. *La mayor amenaza contra la paz.* 1. *Participación en el producto mundial.* 2. *Participación desigual en la "riqueza nueva".* 3. *Investigación, ciencia, tecnología, patentes industriales.* 4. *La "brecha creciente entre países desarrollados y en desarrollo.* 5. *Los flujos reales de capital.* 6. *Endeudamiento externo e intercambio desigual.* 7. *Deuda externa y dependencia.* III. *¿Se puede superar la pobreza en América Latina? Realidades y perspectivas.* 1. *Desnutrición.* 2. *Educación.* 3. *Salud.* IV. *Otras contradicciones contra la paz, de la Civilización del Egoísmo.* 1. *Los conflictos Norte-Sur y Este-Oeste.* 2. *La explosión demográfica.* 3. *El agotamiento ecológico V. ¿Qué hacer?* 1. *Magnitud y complejidad de la crisis.* 2. *Prioridad a las necesidades básicas.* 3. *Fundamentos de una nueva democracia.*

Cuando Babilonia era el centro del Asia Menor y Baltazar celebraba su grandeza en el célebre festín de hace ya 27 siglos, la Biblia cuenta que una mano, desasida de todo cuerpo, escribió en el muro del palacio tres palabras incomprensibles: "Mane, tesel, fares"; palabras que el profeta Daniel interpretó para el monarca: "Todo para tí ha terminado"... como efectivamente ocurrió por obra de Ciro y de los persas,

Pero... el fin de Babilonia fue el comienzo de Persia, y más tarde, de Grecia; y más tarde, Roma; y más tarde de los bárbaros que en su hora dieron origen al Sacro Imperio y levantaron las más hermosas catedrales; y más tarde, de Bizancio que al cabo de mil años fue a su vez consumida a sangre y fuego; y más tarde de la Edad Moderna en que el proceso de los cambios se *centraliza* y se *universaliza* al mismo tiempo en torno a dos ejes que sostienen una nueva civilización: la Civilización del Egoísmo, sistematizado ideológica e institucionalmente. Estos dos ejes son una *idea*: el hombre en cuanto *individuo es el alfa y omega de sí mismo*; y una nueva *institución*: el *Estado como expresión legitimatoria del interés nacional*, reemplazando a la antigua fidelidad "a las testas coronadas por derecho divino" como nexo institucional de los pueblos. Se trata de una civilización cuyo embrión fue claramente gestado en Europa y desde allí proyectada al resto del globo a lo largo de los últimos cinco siglos por la conquista armada, el saqueo cultural, el predominio político y la explotación económica. Hija

de la *reforma protestante* que suprimió la intermediación de la Iglesia entre Dios y el individuo; del *racionalismo* que reivindicó para la Razon (con mayúscula) los espacios reservados hasta entonces a Dios, la autoridad, los instintos o la tradición; del *Renacimiento* que exaltó no sólo el sentido estético sino el fundamento ético y racional de la Grecia precristiana; de los grandes *descubrimientos geográficos y científicos* que revolucionaron la visión "inmovilista" de la tierra en el Universo y del hombre en la tierra; y finalmente de la invención del *Estado* como estructura de la continuidad y del poder nacionales independientemente de las formas concretas de gobierno. La Revolución francesa (sardónicamente con Napoleón como instrumento) sepultó definitivamente a la vieja sociedad teocéntrica, absolutista y feudal abriendo a cañonazos la era del liberalismo, del individualismo y del capitalismo como el nuevo módulo histórico, directo o indirecto, por acción o reacción, para toda la humanidad. Después de todo, como se ha escrito, "el comunismo es una herejía cristiana"; Marx era incuestionablemente occidental; y, desde hace cien años, la elaboración del socialismo científico y el examen y reexamen del marxismo como teoría y praxis, se hace por una mayoría abrumadora de teóricos y pensadores occidentales.

Sean cuales fueren los fenómenos ópticos, la crisis fundamental a la que el mundo está dedicado en nuestros días no es la del "fin de los tiempos", la de "Armageddon y los últimos días", sino la crisis de un tipo determinado de civilización, expresión de determinados valores o visión del hombre y del mundo; sostenida por determinadas estructuras institucionales y conducida por determinados estamentos sociales protagónicos. En suma, la crisis de la Civilización del Egoísmo.

Según Toynbee en su *Estudio de la historia*, 23 civilizaciones, coetáneas o sucesivas, son identificables en Oriente y Occidente. Surgieron, florecieron, decayeron y desaparecieron en la medida en que vencieron o fueron vencidas en la dialéctica del "desafío y la respuesta" con respecto a la superación o no de sus propias contradicciones interiores, o al enfrentamiento, exitoso o no, con agentes externos en pugna por hacer prevalecer valores nuevos o distintos. En todos los casos, la violencia y la guerra cumplieron la función de sepultureras de los regímenes en ocaso de "parteras de la historia".

En cada crisis la fractura más o menos dramática del "orden establecido" debió parecer, sin duda, el "fin del mundo" para quienes resultaron sumergidos por el oleaje de los cambios. Sin embargo, en la perspectiva del tiempo sólo fueron etapas distintas del fascinante y misterioso proceso del progreso humano. Progreso —juicio de valor que presupone causalidad y finalidad— que no es rectilíneo, ni siem-

pre ascendente, ni menos aún isócrono en su ritmo. Proceso tan confuso que para los creyentes responde a un *plan providencial* impenetrable en sus circunstancias, en tanto que para otros —Shakespeare en *Macbeth*— la historia no es “sino un relato lleno de estruendo y de furia contado por un loco... ¡sobre nada!”

¿Cómo caracterizar el siglo xx cuando despunta ya el tercer milenio? ¿Por qué creer que estamos en el ocaso de la Civilización del Egoísmo? Se acumulan contradicciones de una magnitud y de un dinamismo tales que parecen escapar a todo manejo; y el “equilibrio del terror” es la única valla que detiene precariamente el estallido de la guerra nuclear.

No es difícil hacer el inventario de las graves amenazas *contra la paz* que circundan al hombre de hoy. Son los “desafíos” —para utilizar el lenguaje de Tonymbee— a los cuales los gobiernos de cuyas decisiones depende *la paz*, no han sido capaces de dar “respuestas” adecuadas. Asistimos a los estertores del tipo de civilización imperante en Europa desde hace cinco siglos y extendida al mundo entero como *acción* o *reacción*, directa o indirectamente; civilización basada en valores ajenos y hasta contrarios a los valores esenciales del cristianismo.

Pero recordemos, primero, que la paz no es una *carencia*, no es el vacío que deja la violencia, no es el interregno entre dos guerras. ¿Qué es?

1. “El resplandor del orden es la paz”, según San Agustín;
2. “El respeto al derecho ajeno, es la paz”, afirmó ese mexicano eminente que fue Benito Juárez;
3. “La paz es el nuevo nombre del desarrollo”, dijo el papa Pablo VI, en la Asamblea General de Naciones Unidas.

He aquí tres definiciones en que la paz adquiere su vibrante contenido positivo; su exigencia de un ordenamiento regido por los imperativos de la ética, de la recta razón, y subordinado a la finalidad esencial de facilitar —en lenguaje del Concilio Vaticano II— “en plenitud del hombre y de todos los hombres”.

Nuestro coloquio —“Coloquio Internacional sobre la Paz”— tiene lugar en un marco radicalmente diferente a estas tres definiciones. Mencionemos algunas de las mayores amenazas contra la paz, es decir, contra el espíritu, contra la ética, contra la recta razón, contra las finalidades esenciales de un orden nacional e internacional al servicio del hombre y de la vida.

I. LA PREPARACIÓN PARA LA GUERRA

Empecemos por los *dos millones de dólares por minuto* —novecientos mil millones de dólares al año— del gasto armamentista; vorágine que envuelve no solamente a las superpotencias, o a los firmantes del Pacto del Atlántico y del Pacto de Varsovia, sino, en un grotesco proceso imitativo, también a los países del Tercer y Cuarto Mundos que consumen en armas dos veces más que toda la ayuda internacional que reciben.

Recordemos que los novecientos mil millones de dólares gastados en 1985 son más que lo gastado en cualquier año de la Segunda Guerra Mundial, cuando combatían cincuenta millones de soldados. Según el Informe Brandt con el valor de un submarino atómico podrían construirse cincuenta mil escuelas, o treinta mil centros asistenciales de salud. Según Indira Gandhi, con el valor de un bombardero estratégico podrían plantarse diez millones de árboles. La tragedia del "Challenger" nos permitió saber que el trasbordador espacial —arma de guerra— costó 1,500 millones de dólares, o sea más que todo el presupuesto fiscal de Chile. Contradicciones de esta magnitud imposibilitan la viabilidad de la civilización imperante, porque lo que se consume en la pira del gasto armamentista no son solamente ríos de dinero. La preparación para la guerra tiene prioridad absoluta en la utilización de los mejores científicos, y demás recursos nacionales en una proporción abrumadora. Nada, ningún aspecto de la actividad científica o industrial de las superpotencias absorbe una proporción más alta del talento humano, de la motivación psicológica, del desarrollo científico y tecnológico y de recursos financieros, que la preparación para la guerra. Pero aun desde un punto de vista meramente empírico: ¿En qué se ha traducido este esfuerzo colosal por la primacía bélica, o para "negociar desde posiciones de fuerza"? Ya lo vimos: treinta mil ojivas nucleares repartidas entre ambos bandos más o menos por igual, cada una de las cuales —las que miden su potencia en megatones— tiene un poder explosivo mayor que el de todas las bombas arrojadas en los cinco años de la Segunda Guerra Mundial, son "garantía" de la mutua destrucción, *pero no son "garantía" de la paz*. No en balde cuando la Academia Pontificia de Ciencias convocó en 1983, en Roma, a un simposio mundial para que científicos del mundo entero ponderaran el riesgo de una guerra nuclear, la conclusión impresionante fue que, a pesar de la paridad destructiva, el riesgo de guerra era de un cincuenta por ciento; una probabilidad en dos. ¡El "cara o cruz" de una moneda! Sin desmesuras retóricas todos sabemos que los treinta

mil misiles atómicos en silos terrestres o en continuo movimiento en la profundidad de los océanos o en la vastedad del espacio sólo necesitan el destello de la orden de "fuego" para calcinar la Tierra, incinerar a la mitad de la humanidad y hacer descender el "invierno nuclear" sobre la otra mitad sobreviviente.

Pero eso era en 1983, antes de la iniciativa por dar forma a la "Guerra de las Galaxias". La situación ha empeorado desde entonces. Se dice al pueblo norteamericano —y al mundo— que la llamada "Iniciativa de Defensa Estratégica", nombre encubierto de la militarización del espacio, garantizará mejor la paz al establecer una cortina protectora capaz de destruir a los misiles enemigos en pleno vuelo. En el papel no parece imposible. En efecto, mientras los misiles atómicos se desplazan a treinta mil kilómetros por hora (ocho kms por segundo) los rayos láser con que se proyecta destruirlos viajan a trescientos mil kilómetros por segundo. O sea, 37 mil veces más rápido. No hay, pues, *imposibilidad teórica* para asegurar una altísima *inmunidad* al país que disponga primero de esa "cortina protectora"; pero lo que realmente se busca no es la *inmunidad* frente al ataque, sino la *impunidad* para atacar sin sufrir las consecuencias del contrataque.

De lo contrario, ¿no sería obviamente más efectivo e infinitamente más barato como protección antinuclear, negociar la destrucción total de los misiles de ambos bandos con verificación *in situ*? Es en este sentido, de lógica y moralidad elementales, que debería orientarse la acción de los pueblos y gobiernos del mundo; y confío en que sea una de las conclusiones de nuestro Coloquio.

Además de la irracionalidad esencial de una política que arguye que "hay que militarizar el espacio para pacificar la Tierra", señalemos que la *guerra nuclear preventiva será inevitable* en cuanto la militarización del espacio empieza a tomar forma experimental exitosa. En los términos conocidos de la pugna entre capitalismo y comunismo y entre las dos constelaciones de poder que encabezan los Estados Unidos y la Unión Soviética, la posesión anticipada por cualquiera de ellos de un sistema eficaz de destruir en vuelo el 90% de los misiles de represalia, impondría al otro un dilema de hierro: o la *rendición incondicional* o el *aniquilamiento físico sin capacidad efectiva de represalia*. Forzados a escoger ante esta alternativa ninguno de los dos esperará: ¡golpeará mientras todavía sus medios de lucha son equivalentes! Nada acercaría más el inicio del vuelo mortal de las treinta mil cabezas nucleares almacenadas, que la certeza de que el adversario llegará antes a la militarización eficaz del espacio.

II. LA MAYOR AMENAZA CONTRA LA PAZ

Aunque la guerra como instrumento del “instinto de dominio” tenga en nuestros días el mundo entero como escenario y botín por conquistar, ella no es sino la fase más aguda —¡pero no la raíz!— de la *irracionalidad deliberada* que anima a la civilización del egoísmo. Las amenazas contra la paz *no comienzan con las armas* aunque así lo parezca superficialmente. Las armas sólo cumplen la función final según la conocida definición de Clausewitz de que “la guerra no es sino la continuación de la política por medios violentos”. ¿Dónde está, entonces, el *origen* de las amenazas contra la paz que singularizan el orden internacional de nuestro tiempo —y el *orden nacional* en la inmensa mayoría de los países? ¿Es posible afirmar que la paz —la paz como valor compartido, como concepto actuante, como condicionante del orden nacional e internacional, como marco imperativo de convivencia— es un valor antagónico e inconciliable con los presupuestos de la actual civilización que sistematiza los intereses del *individuo* y los del *Estado nacional* y los exalta a la jerarquía de “egoísmos sagrados”?

La respuesta es afirmativa: el egoísmo y la paz son incompatibles como “visión del mundo”. El egoísmo —individual o nacional— sirve al instinto de dominio, en tanto que la paz sólo es concebible y deseable como un valor espiritual, racional y ético. La complejidad del problema deriva de que en el hombre cohabitan los “dos reinos”, el de los instintos y el de la razón; la herencia biológica de su origen animal en íntima coexistencia con su condición espiritual (para los creyentes) o su alta racionalidad (para los no creyentes). Es la dualidad que expresa San Pablo: “Veo el bien que quiero y hago el mal que no quiero”. O la hermosa alegoría de Pascal cuando escribe que “en el corazón de cada ser humano dormitan al mismo tiempo un ángel y una bestia”.

Para explicitar el tema de mi ponencia: “La paz como fundamento de una nueva civilización”, me limitaré a esbozar solamente tres cuestiones básicas: la realidad hasta ahora vigente del dualismo instinto/razón como condicionante del pensamiento y la conducta humanos, la primera; la opción deliberada por los valores y estructuras institucionales de la civilización del egoísmo, la segunda; y finalmente, el proceso acelerado de *humanización* del hombre, es decir, la continua y rápida tendencia a prevalecer del factor espiritual y/o racional sobre el factor instintivo y animal en el pensamiento y la conducta de los seres humanos; evolución fascinante por su rapidez creciente; demostrable por la ciencia y la experiencia.

Detallemos: el origen animal del cuerpo humano es hoy una verdad científica incontrovertida; como lo es la lucha por sobrevivir, dominar y reproducirse, en cuanto ley suprema que gobierna la vida orgánica. La violencia es la forma predominante de relación entre las distintas especies, y con frecuencia entre los individuos de una misma especie; y los instintos, el instrumento que utilizan los organismos vivos en su perpetuo trance de adaptación y de mutación. *Es la guerra y no la paz* “el estado de naturaleza” en la tierra, el mar y el aire; en la selva y el océano.

Aun si es cierto que la conciencia universal rechaza que la condición humana sea “animalizada” y reducida al mero ámbito de los instintos, es un hecho que desde el asesinato de Abel por Caín la violencia está presente en la historia bíblica y en la otra, la historia a secas: la de anteaer, la de ayer y la de nuestros días. Y la violencia no es hija de la razón, sino de los instintos!

A la luz de lo anterior, es obvio que el *egoísmo* —instinto de supervivencia y de dominio— no fue “inventado” hace cinco siglos, cuando empezó a insinuarse el surgimiento de la Civilización del Egoísmo, sino que es connatural al ser humano. Como lo es, paradójicamente, la *sociabilidad* que subrayó Aristóteles al definir al hombre como “animal político por antonomasia”. Lo que pretendemos afirmar es que frente al inmovilismo asfixiante de mil años de sociedad teocrática y feudal, la interacción convergente de la Reforma, el racionalismo, el Renacimiento, los grandes descubrimientos científicos y geográficos, la presión de la burguesía excluida, la nueva noción del Estado integrador, etcétera, variaron de contenido y de formas institucionales a la vieja civilización. El vacío tenía que ser llenado por una nueva visión del hombre y de la funcionalidad de la sociedad, lo cual requería la adhesión a nuevos valores, expresados a su vez por determinadas estructuras institucionales manejadas por los estamentos sociales animadores del proceso de cambios y al servicio de sus intereses. Así se gesta el embrión de la Civilización del Egoísmo que se desarrolla en los siglos siguientes y dentro de la cual estamos aún inmersos.

La nueva filosofía privilegió los derechos y libertades *individuales* en oposición a los imperativos y deberes de la noción religiosa de *persona*; hizo del hombre el valor supremo para el hombre; y sustituyó la sociedad teocéntrica por la sociedad antropocéntrica, relegando a Dios “al santuario íntimo de las conciencias”. El *individualismo* como categoría filosófica recibió el apoyo científico decisivo de las investigaciones de Darwin sobre *El origen y selección natural de las especies* legitimando la victoria de los más fuertes sobre los débiles, como “ley

de la Naturaleza". En el fondo, tal legitimación de los impulsos instintivos reduce el ámbito de la razón y la moral a la función piadosa de prevención o corrección de los "excesos". Resulta ilustrativo, por ejemplo, que en las discusiones que precedieron la redacción de la primera Constitución de los Estados Unidos, los "padres fundadores" hayan optado específicamente porque era preferible "legitimar y encauzar positivamente las imperfecciones del alma humana —el otro nombre de los instintos— que prohibirlas o condenarlas". ("Los males que produce la libertad son remediados por la propia libertad".)

Ya dijimos que la Civilización del Egoísmo nace de una *idea*: el individuo y sus derechos y libertades como razón de ser de la sociedad; y de una *institución*: el Estado —la nación jurídicamente organizada— como nexo institucional para garantizar los derechos y libertades individuales dentro de las fronteras; y para ejercer, más allá de las fronteras nacionales, su voluntad de dominio. Es el traslado al plano internacional de la misma implacable ley —"escrita por la naturaleza"— que privilegia al fuerte sobre el débil, al rico sobre el pobre, y al letrado sobre el analfabeto, figurativamente hablando. Es esta *Weltanschauung*, esta visión del mundo, la que dinamiza a la Civilización del Egoísmo. Por supuesto que hablamos de lo que podemos llamar *su esqueleto* o vertebración sustantiva excluyendo la complejidad de los demás órganos y tejidos que encubren el "esqueleto" y lo enriquecen de muchas maneras en su funcionalidad, pero sin llegar a alterar su rol de estructura básica. Detengamos aquí este análisis conceptual que nos aparta del examen más concreto de las diversas amenazas para la paz en nuestro tiempo que ha engendrado la Civilización del Egoísmo. Veamos con datos y cifras irredargüibles cómo la irracionalidad del sistema implica que la libertad de pocos se nutra de la dependencia de muchos; que el progreso de los menos signifique el atraso de los más; que la riqueza mal distribuida engendre la miseria de millones; que la abundancia y el consumo conspicuo de pequeñas minorías sociales o de escasas naciones tenga como contrapartida la escasez permanente para las grandes mayorías y para más de un centenar de pueblos que están en vías de desarrollo; que la progresión de la productividad por los adelantos tecnológicos haya provocado la desocupación de más de treinta millones de trabajadores en los países del centro capitalista y de centenares de millones en el mundo periférico; que la traída y llevada cuestión de la "brecha creciente" entre ricos y pobres —al interior de las naciones en desarrollo y en sus relaciones con el mundo desarrollado— adquiera cada año límites más obscenos; que la inaudita acumulación de saber científico, de capacidad

tecnológica y de acumulación de capital que en teoría habilitarían a la humanidad para resolver todos sus problemas básicos —hambre, enfermedad, analfabetismo, paz— en 20 años o menos, no sólo no es usada con este fin, sino que su mal uso agrava todas estas lacras y servidumbres en todos los ámbitos. A pesar de la retórica, cuando el hombre llega a la Luna, penetra el espacio hasta ayer insondable, y parece tocar con los dedos la cara de Dios, el orgullo, la alegría y la esperanza son sólo patrimonio duradero de muy pocos. Para los demás, para miles de millones de hombres y mujeres, el minuto de asombro, la breve sonrisa con que pueden saludar el logro que saben que es de “otros” y que está al servicio de los intereses de esos “otros” quedará ahogado en el mar de sudor, de lágrimas y hasta de sangre de su precario entorno cotidiano.

Comprendo que lo que acabo de decir suene escandalosamente pesimista frente a la retórica convencional de quienes controlan el poder, la riqueza, la ciencia, la tecnología, los medios de comunicación, etcétera, y necesitan que las pobres gentes marginadas se sientan justificadas y “vestidas” por el brillo de los “vencedores” y por sus éxitos. Pero la verdad no es jamás *pesimista*, sino, por el contrario, la primera condición para avanzar hacia la liberación.

Lo que he dicho, debe probarse. Veamos:

Para el capitalismo, articulación económica del individualismo el “lucro debe ser reconocido y estimulado como el motor de la economía”; la “libertad económica, como fundamento de todas las libertades”; la “libre competencia y las leyes del mercado como supremo regulador de la producción, precios e intercambio”; las “garantías a las inversiones extranjeras, como condición indispensable para asegurar el flujo de capital”; y “la división internacional del trabajo según las ventajas comparativas” como basamento de la doble función de declaración de principios y de mecanismo de armonización universal en el equilibrio de los intereses complementarios, disímiles o contrapuestos. La afirmación subyacente es obviamente que “las leyes naturales que gobiernan la economía libre” garantizan la equiparidad de todos los competidores; que el marco de la libertad económica igualiza a leones y corderos, tiburones y focas, gavilanes y palomas, compensando sus cualidades y carencias y permitiéndoles competir en condiciones equitativas. Son los fundamentos del Orden Económico Internacional institucionalizado en Bretton Woods —Fondo Económico Internacional, Banco Mundial, GATT, etcétera—. Veamos solamente algunos resultados que constituyen graves amenazas contra la paz:

1. *Participación en el producto mundial*

Los veinte países del centro capitalista agrupados en la OECD disponen de un ingreso por habitante seis veces más alto que el de América Latina (370 millones de habitantes); doce veces más alto que el de Asia (dos mil millones de habitantes) y dieciocho veces más alto que el de África (450 millones de habitantes).

2. *Participación desigual en la "riqueza nueva"*

En 1972 la UNCTAD efectuó su tercera reunión mundial en Santiago de Chile. Con franqueza ejemplar, el entonces presidente del Banco Mundial, señor Robert Mac Namara, dijo: "En los diez años transcurridos entre 1960 y 1970 la riqueza del mundo ha aumentado en un trillón de dólares. El 94% —940 mil millones— benefició a los países de alto desarrollo; el saldo, el 6% restante —sesenta mil millones— debió repartirse entre más de cien naciones pobres". ¿Es que alguien necesita una demostración más convincente de la falsía del llamado Orden Económico Internacional? Cuatro años más tarde, la UNCTAD celebró su cuarta conferencia mundial en Nairobi, en 1976. Esta vez fue el secretario general de la Organización, doctor Gamani Corea, quien contabilizó el desequilibrio real en los siguientes términos: "En los últimos veinte años, el aumento del ingreso por persona en los países de alto desarrollo fue 16 veces mayor que el aumento del ingreso por persona en los países subdesarrollados". Las mismas cifras del señor Mac Namara ampliadas a un periodo de veinte años y referidas al ingreso personal. ¿Cuánto puede perdurar un Orden Económico Internacional basado en esta iniquidad?

3. *Investigación, ciencia y tecnología, patentes industriales*

Antecedente y corolario de la desigual participación en la riqueza y en los aumentos de riqueza son los siguientes: el 99% de la inversión mundial en investigación, ciencia y tecnología se hace en el mundo desarrollado; el 98% de los científicos del mundo (incluyendo el *brain drain* de decenas de millares de los mejores cerebros de los países pobres) estudian, trabajan y enseñan en los países desarrollados; el 99% de las patentes industriales están registradas en los países desarrollados.

4. *La “brecha creciente” entre países desarrollados y en desarrollo*

Desde hace 30 años la sistemática explotación de los 130 países que forman el Tercer y Cuarto Mundos, suscita una simulada alarma a nivel de gobiernos y de expertos, por las implicaciones cada vez más graves de “la brecha creciente” que distancia en todos los planos a los países pobres de los países ricos, y muy definidamente en los niveles de ingreso, de inversión, producción y productividad, capitalización, ciencia y tecnología, educación y salud, etcétera. Si queremos nombrar las cosas por su nombre, no son las *injusticias* las que provocan la alarma, sino la inquietud de que el hambre, la dependencia, la desocupación y la desesperanza de los 2 500 millones de seres humanos que pueblan el mundo pobre, estalle en una explosión social incontrollable, nacida de la desesperación que podría terminar en un volcamiento masivo hacia el marxismo y el comunismo como modelo sustitutivo de ordenamiento político, social y económico; nacional e internacional.

5. *Los flujos reales de capital*

Contrariamente al supuesto de que los excedentes de capital fluyen del Norte al Sur, de los países ricos a los países pobres, la realidad demuestra que desde hace decenios el saldo neto de los flujos de capital es del *sur hacia el norte*, de los países pobres a los países ricos. En 1984, según la CEPAL, el aporte neto de los países latinoamericanos a los Estados Unidos fue de 30 mil millones de dólares; calculándose en cien mil millones de dólares la contribución del conjunto de los países del Tercer y Cuarto Mundos al financiamiento del déficit del presupuesto fiscal y del programa armamentista norteamericanos, ese año.

5. *Endeudamiento externo e intercambio desigual*

Las cifras son conocidas: 750 mil millones de dólares es la deuda externa de los países del Tercer y Cuarto Mundos; y 370 mil millones, la de América Latina. Las causas pueden ser varias, pero la predominante es, sin duda, la *imposición del intercambio desigual* en el valor de los bienes y servicios que se comercian entre el mundo rico y el mundo pobre, en el marco presuntamente igualitario —¡pero implacablemente desigual!— del “libre comercio a base de la libre empresa”, del “libre juego del mercado como supremo regulador de los pre-

cios", de "la división internacional del trabajo según las ventajas comparativas". Las impresionantes cifras del endeudamiento externo demuestran la evidencia que los "leones" y los "corderos", los "tiburones" y las "focas", los "gavilanes" y las "palomas"... *¡no compiten libremente!* No podrían, aun si efectivamente *quisieran hacerlo*. Un botón para muestra. Soy chileno y desde hace más de medio siglo el cobre representa para Chile más de la mitad de todo su comercio exterior. Cuando después del nefasto golpe de Estado de septiembre de 1973, el régimen militar optó por entregar el comercio internacional del cobre chileno "al libre juego de las leyes del mercado", el precio de la tonelada de cobre ha disminuido *a menos de un tercio* de lo que fue durante los nueve años sucesivos de la "chilenización" y de la "nacionalización", aplicadas respectivamente por los gobiernos de Frei y de Allende. Esta caída fenomenal del precio ha ocurrido paradójicamente con un *aumento* incesante del consumo mundial de cobre refinado; aumento que llega ya a veinte millones de toneladas de mayor consumo durante los doce años de la dictadura militar chilena. El acatamiento obsecuente de las normas del Orden Económico Internacional aplicadas en Chile por los seguidores de la Escuela de Chicago ha obligado al país a exportar bajo el régimen militar más de tres toneladas de cobre para recibir el mismo valor, en dólares de valor constante, que recibió por *una tonelada*, desde 1964 hasta 1973. ¿Cómo extrañarse de que Chile tenga ahora por habitante la tercera deuda externa mayor del mundo; dos veces mayor que la del Brasil, y 80% más alta que la de México?

7. Deuda externa y dependencia

Sólo los simples de espíritu pueden creer que el enorme endeudamiento externo de América Latina es una situación sorpresiva para los acreedores y no calculada ni deseada por los gobiernos, organismos internacionales y la banca comercial internacional. La verdad es exactamente lo contrario. El endeudamiento público responde a una filosofía diametralmente opuesta a la del endeudamiento privado. A los particulares se les presta solamente en la medida en que pueden garantizar y acreditar anticipadamente la devolución de los préstamos. *A los Estados, en cambio, se les presta deliberadamente hasta que no puedan pagar los compromisos que contraen.* Cuando ya deben tanto que no pueden pagar el capital adeudado, y ni siquiera servir los intereses, los gobiernos deudores descubren súbita y penosamente que han vendido lo que nunca negociaron: *su independencia política, su sobe-*

ranía nacional. Es este mecanismo siniestro el que explica por qué se han prestado a la América Latina 370 mil millones de dólares y a Chile 23 mil millones.

III. ¿SE PUEDE SUPERAR LA POBREZA EN AMÉRICA LATINA? REALIDADES Y PERSPECTIVAS

Pero el Orden Económico Internacional no es una entelequia casual, surgida del aire azul. Está estrechamente relacionado con el Orden Económico Nacional, producto de los mismos principios —“libertad económica como fundamento de todas las libertades”... “libre comercio a base de la libre empresa”... “legitimación del lucro como el motor de la economía”... etcétera—. Para ser intelectualmente honestos la responsabilidad de que sean esos los principios vigentes en América Latina desde la hora de la independencia nacional, recae directamente sobre las minorías sociales que asumieron el control del poder político, la propiedad y la riqueza, el prestigio social, el acceso a los niveles superiores de la educación, etcétera, en los veinte países independientes en que se fracturó la *nación indoamericana* al cabo de tres siglos de dominación española. Los resultados son conocidos: en el continente más rico y más vacío de la Tierra el 47% de la población vive en condiciones de pobreza y el 23%, en condiciones de miseria, el 1% de los propietarios es dueño de más de la mitad de la tierra; y los desocupados y subempleados llegan a ochenta millones. Desde México a la Patagonia, ninguno de estos países ha logrado salir del subdesarrollo, a pesar de los inmensos recursos naturales disponibles en sus territorios, del largo tiempo transcurrido desde la independencia y del hecho que en el mismo espacio físico en que vive un latinoamericano, deben vivir cinco asiáticos y siete europeos. Como escribió Bolívar: “la Revolución Francesa degollará mañana a la América Latina”. En efecto, heredamos lo peor de la Revolución francesa: su filosofía individualista, la “sacralización” de la propiedad privada, la legitimación moral y legal de la victoria de los fuertes sobre los débiles, de los ricos sobre los pobres, de los letrados sobre los analfabetos. En nuestro continente, más aún que en la Europa del siglo XIX, el capitalismo y sus estructuras de poder son los responsables directos del subdesarrollo económico, la marginación social de las grandes mayorías nacionales y la dependencia internacional de nuestros pueblos.

Son afirmaciones que requieren documentación autorizada y específica. Utilizaré el libro editado por la CEPAL en 1980, bajo el título: *¿Se puede superar la pobreza en América Latina? Realidades y pers-*

pectivas, preparado durante años por un grupo de expertos dirigido por don Sergio Molina, ex director de la Escuela de Economía de la Universidad de Chile y ex ministro de Hacienda durante el gobierno de don Eduardo Frei. Citaré solamente dos referencias reveladoras:

“En 1960, el 5% de la población más rica tuvo un ingreso por persona 43 veces mayor que el del 20% de la población más pobre”. Diez años más tarde, en 1970, “la diferencia había aumentado a 50 veces.”

Las mismas cifras aplicadas al 10% de la población más rica y al 40% de la población más pobre (¡ya estamos hablando de la mitad de todos los latinoamericanos!) arrojan diferencias de 22 veces más a favor de cada rico con respecto a cada pobre en 1960, y de 24 veces en 1970. Como queda demostrado, el paso del tiempo sólo agrava la iniquidad de las desigualdades.

Las cifras recién citadas demuestran el grado intolerable en que nuestros pueblos son víctimas de estructuras de poder concebidas para legitimar los “derechos” (privilegios) de los “vencedores” en la “lucha por la vida”... fundamento del orden capitalista que es la institucionalización económica de la Civilización del Egoísmo.

Como es posible que haya quienes arguyan que esta distribución inicua es “inevitable puesto que sin previa acumulación de capital no es posible financiar la solución de los problemas sociales”, utilizaré de nuevo el libro de la CEPAL cuyos datos y conclusiones no han sido objetados por nadie. ¿Cuánto costaría eliminar la desnutrición, dar educación básica a todos los niños y extender la salud a toda la población latinoamericana? ¿Existen o no los recursos financieros necesarios?

1. *Desnutrición*

Según CEPAL, afecta entre un 33 al 40% de la población. En números redondos, entre 120 a 150 millones de personas. Según el libro, bastaría con aumentar entre uno a 2.5% del producto interno bruto regional los recursos que ahora se destinan para esta finalidad, para eliminar la desnutrición en nuestro continente.

2. *Educación*

Dar educación básica de seis años a todos los niños latinoamericanos (¡fenomenal avance con respecto a la situación actual!) demandaría un aumento de $\frac{1}{3}$ a $\frac{1}{2}$ % del PIB regional sobre las sumas hoy asignadas con este objeto.

3. Salud

Extender a toda la población latinoamericana un grado razonable de atención médica requeriría aumentar entre el uno al 1.5% las sumas actualmente asignadas a la salud pública.

Aun tomando como base las estimaciones *más altas* del estudio riguroso de CEPAL sobre el costo en dinero de la eliminación de la desnutrición y de la multiplicación de la escolaridad y la salud, la suma final necesaria de dinero suplementario quedaría cubierta con el 4.5% del actual PIB regional.

Si recordamos que en 1970 el 10% de la población más rica percibía el 47.3% del Producto Interno Bruto, y 40% de la población más pobre sólo el 7.7% (¡cada rico 24 y media veces más que cada pobre!) reducir en 4.5% el ingreso del segmento rico significaría bajarlo en conjunto al 42.8% del PIB (en vez del 47.3%); ingreso por persona que todavía sería de más de 22 veces por persona en favor de la minoría alta.

Los recursos en dinero existen. La CEPAL lo comprueba. ¿Es posible calificar de "demagógica" la posibilidad de dar este destino imperativo desde un enfoque cristiano y patriótico a una fracción del ingreso regional (y nacional) que hoy se dilapida en consumo conspicuo?

El solo hecho de que tal calificación sea posible revela hasta qué punto las sociedades en que vivimos se apoyan y propugnan valores (?) esencialmente anticristianos, antinacionales y antipopulares.

Si la paz es "el esplendor del orden", "el respeto al derecho ajeno", "el otro nombre del desarrollo"... ¿cómo negar la evidencia que estas iniquidades que describe el estudio de la CEPAL son los mayores atentados, las mayores agresiones, contra la paz? Uso deliberadamente estos adjetivos porque la "amenaza contra la paz" no nace del derecho de las víctimas a defenderse, sino de la *agresión masiva* contra los derechos esenciales de doscientos millones de latinoamericanos que estas cifras revelan. Esta es la "violencia institucionalizada" denunciada en Medellín por el Episcopado Latinoamericano, junto al papa Pablo VI, en 1968, cuando fue caracterizada como "las injusticias consagradas por las leyes": ¿Cuánto falta para que las víctimas de la *violencia legal*, del "terrorismo de Estado", opten ellas también, por la violencia para defender sus derechos esenciales de personas humanas? ¿Quiénes son ahora mismo los "ofensores de la paz", los "agresores de la paz"?

IV. OTRAS CONTRADICCIONES CONTRA LA PAZ, DE LA CIVILIZACIÓN DEL EGOÍSMO

1. *Los conflictos Norte-Sur y Este-Oeste*

Hemos visto ya los principales desplazamientos que la civilización imperante y su proyección internacional imponen en la relación entre los países desarrollados, principalmente del hemisferio norte, y los países en desarrollo, principalmente del hemisferio sur. El conjunto de estos antagonismos y contradicciones suele sintetizarse con la denominación del conflicto Norte-Sur y refleja las consecuencias en la posguerra del Orden Económico Internacional de Bretton Woods.

Paralelamente, desde el término de la Segunda Guerra Mundial la escisión Este-Oeste fractura al mundo en dirección perpendicular al conflicto Norte-Sur. "Desde el Báltico al Mediterráneo, desde Stettin hasta Trieste, una cortina de hierro ha caído sobre Europa", dijo Churchill en su famoso discurso de Fulton, en 1946; pero estas palabras no fueron sino el esbozo europeo de una contraposición de ideologías y de armas que se ha extendido por el orbe y que hoy divide a Europa, Asia, África y América. Un tercio de la población mundial, un tercio de la geografía terráquea y un tercio de la producción del planeta, forman ya parte del sistema de gobierno marxista-leninista. El conflicto Este-Oeste se plantea entre dos ideologías recíprocamente excluyentes —el capitalismo y el comunismo— y entre dos constelaciones de poder económico, militar, político, diplomático y cultural en que Estados Unidos y la Unión Soviética tienen respectivamente la influencia dominante, si bien no exclusiva. Aunque la mayor parte de los países que forman el Tercer y Cuarto Mundos, participan sólo indirectamente en las "alineaciones" que la economía o la geografía les imponen en relación con la pugna entre estas dos constelaciones de poder, en la práctica sus vinculaciones entre sí y con los bloques antagónicos se dificultan enormemente por la intersección del conflicto Este-Oeste en el conflicto Norte-Sur. La naturaleza definida de los problemas derivados de la relación Norte-desarrollado/Sur-subdesarrollado es radicalmente agravada por la irrupción de la contienda ideológico-política del conflicto Este-socialista/Oeste-capitalista. Sobre todo porque en esta fase de la disputa por la dirección del mundo entre el capitalismo y el comunismo, los principales protagonistas eluden, hasta donde pueden, la confrontación directa, y prefieren mejorar sus posiciones respectivas y debilitar las del adversario, en el "campo de

batalla" indirecto representado por los países del Tercer y Cuarto Mundos.

2. *La explosión demográfica*

Esta ya larga nómina de "desafíos de vida o muerte" que enfrenta la humanidad contemporánea, no agota los posibles contenidos del "Manes, tesel, fares" que podrían sellar el destino —no de la humanidad— pero sí de la civilización que conocemos. ¿Cómo prescindir, por ejemplo, de la pavorosa interrogante que plantea la explosión demográfica? El niño mexicano que haya nacido hoy tendrá sólo sesenta años de edad cuando en esta ciudad vivirán setenta millones de mexicanos; 1 500 millones en América Latina; y 25 mil millones de seres humanos en el globo terráqueo. Permítanme comentar que cuando yo nací los chilenos no alcanzábamos a tres millones; en América Latina vivían solamente sesenta millones; y en el mundo 1 200 millones de personas.

3. *El agotamiento ecológico*

El problema ecológico angustia legítimamente a muchos. ¿Qué hacer, cómo, cuándo, por quiénes, para defender el medio ambiente, el entorno ecológico necesario para la supervivencia de la raza humana? Los recursos del globo terráqueo son finitos: el agua, los bosques, el ozono de la alta atmósfera la polución de los lagos, los ríos y hasta el mismo mar; el aire viciado de las ciudades; el agotamiento de recursos minerales y energéticos indispensables para la civilización contemporánea, no son amenazas para el futuro, sino realidades acuciantes ya en esta misma hora.

V. ¿QUÉ HACER?

Las contradicciones y "desafíos" que he mencionado son solamente un esbozo de las contradicciones y desafíos que señalan el ocaso de la Civilización del Egoísmo... ¡no el fin del mundo!

¿Qué hacer? Es una pregunta a la cual uno sólo puede aproximarse con la humildad que impone la densidad del tema y la conciencia de las limitaciones e insuficiencias personales. Intentaré tres afirmaciones o aproximaciones como respuesta limitando mis reflexiones solamente a la América Latina.

1. *Magnitud y complejidad de la crisis*

La primera: admitir sin vacilaciones la magnitud y la complejidad de la crisis del sistema en que hemos tratado vanamente de organizarnos. Asistimos al colapso del esquema capitalista y de sus estructuras de poder en el orden nacional e internacional en que se ha aplicado en América Latina. Si la "racionalidad" del sistema no ha correspondido por siglo y medio a la necesidad de vertebrar e integrar efectivamente a cada comunidad nacional latinoamericana, las circunstancias mundiales y continentales acrecientan cada vez más en nuestros días el carácter antihistórico, la irracionalidad, la inadaptabilidad del capitalismo y de la superestructura institucional de la sociedad y el Estado que el capitalismo requiere, a las necesidades de nuestros pueblos y naciones en el continente. Es nuestro deber denunciar con todos los medios a nuestro alcance, a los tiranos y dictadores que aún envilecen a la América Latina y sacrifican a sus pueblos; defender con todos los medios a nuestro alcance a las víctimas de la represión y el terror gubernamentales; pero junto con hacerlo, no olvidar jamás que el problema tiene raíces mucho más hondas que la mera concupiscencia de poder del individuo o pequeños grupos asaltantes del poder constitucional y verdugos de sus pueblos.

La lección por extraer puede expresarse con una claridad brutal: la "libertad económica" es la antítesis de los "derechos económicos y sociales"; no es un cauce para alcanzarlos, sino un dique para impedirlos. Donde se haga de la "libertad económica" el fundamento del proceso productivo, los "derechos económicos y sociales" serán inexorablemente recortados, reducidos, limitados. Fue así desde el comienzo y sigue siendo así. Sobre todo en los países pobres.

¿Cuáles son los valores sustitutivos con los cuales reemplazar los del capitalismo y los del comunismo. ¿Qué formas institucionales nuevas ha de requerir el "gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo", la "democracia participativa" y el rol conductor del trabajo y los trabajadores organizados en el gigantesco esfuerzo nacional de producción y productividad; de disciplina social y laboral; de ahorro y de inversión, sin cuya plena y leal aceptación es imposible liberarse del subdesarrollo de la pobreza interna y de la dependencia exterior?

Estas son las preguntas decisivas, la sustancia del gran debate que debería galvanizar, llenar lo mejor del pensamiento y la ansiedad patriótica de los gobernantes, de los políticos, de los intelectuales, de los líderes del mundo trabajador y de las juventudes, desde México hasta Chile y Argentina. Devolvémos el sentido de los desafíos, amenazas y

colosales oportunidades que ofrece a la América Latina de hoy y de mañana, la *historia grande*, la que hace y deshace el porvenir de pueblos y naciones.

El día que los hombres libres de América Latina, la juventud y los pobres de América Latina, perciban las exigencias del tipo nuevo de sociedad que anhelan para sus patrias, con la misma claridad con que rechazan la injusta sociedad de la cual son hoy día víctimas, nada podrá atajar el curso positivo de la historia. Repitamos con Goethe: "Si un hombre sostiene con firmeza una idea justa, terminará por transformar la faz de la Tierra". En nuestro caso, no será un hombre. ¡Serán millones!

2. *Prioridad a las necesidades básicas*

El segundo criterio conductor: difundir en cada uno de nuestros países, hasta transformarla en conciencia lúcida, la existencia perentoria —exigencia ética, institucional y práctica— que la legitimidad del régimen político social debe basarse primordialmente en la satisfacción de las necesidades básicas de la población; en el respeto efectivo de los "derechos esenciales de la persona humana": el derecho a la vida; al pleno empleo; al medio litro de leche para cada niño; al acceso a la escuela para todos; a un resguardo mínimo de la salud y la seguridad de cada hogar; a la participación a la vez estimulada y disciplinada de todos en la tarea de construir una economía productiva; en el reconocimiento de que es el hombre y no el dinero el factor productivo por excelencia; y en la plena incorporación del trabajo y los trabajadores organizados a la responsabilidad de asumir la dirección del proceso de construir en cada una de nuestras patrias una sociedad solidaria, moderna y eficiente al precio inevitable de un grande y sostenido esfuerzo de trabajo, disciplina, ahorro, inversión y solidaridad.

¿Por qué no empezar a pensar en cuáles serían los requisitos necesarios para organizar un Estado y una sociedad con estructuras sociales y económicas deliberadamente concebidas para lograr, como su primera meta, como su primer deber de legitimación, los imperativos de la solidaridad? ¿Por qué no aceptar honestamente y entusiastamente que sólo una sociedad orientada para este fin primero, estructurada con estas metas definidas y concretas, es la única que puede reclamar la legitimación ética, política y social en pueblos como los pueblos latinoamericanos, rodeados de todo lo que necesitan potencialmente —tierra, agua, espacio geográfico, recursos naturales y hasta una cierta dosis de desarrollo científico y tecnológico e incluso de capital acumulado ya—

para hacer realidad el medio litro de leche, la alimentación básica, el derecho al trabajo, a la escuela, a la salud elemental, a la vivienda mínima, de la inmensa mayoría de sus pueblos? ¿Hasta cuándo continuarán nuestros gobiernos y nuestras clases gobernantes, incluyendo los dirigentes políticos y los estamentos de profesionales, mirando hacia el extranjero, genuflexos ante el Fondo Monetario, el Banco Mundial, la inversión extranjera a cualquier precio... aun cuando lo que consiguen no ha sido nunca sino una fracción, y una fracción frecuentemente insignificante aun comparada con el producto anual obtenido dentro del país y a pesar de las circunstancias negativas actuales de desarticulación y precariedad de nuestras economías y de la marginación de la inmensa mayoría del pueblo en el esfuerzo productivo? Quienes condicionan toda perspectiva del desarrollo nacional fundamentalmente a la "inversión extranjera" y al "crédito internacional", y en lo interno a la represión masiva como instrumento, en el fondo carecen de toda confianza en sus patrias. Faltos de generosidad, de imaginación y de coraje para movilizar a sus propios pueblos a hacer por sí mismos lo que vanamente buscan recibir desde afuera, terminan enajenando miserablemente la soberanía nacional y el porvenir de sus patrias al precio de sobrevivir ellos precariamente, de año en año.

3. *Fundamentos de una nueva democracia*

La tercera tarea: redefinición del Estado y de la democracia. En el curso de la profunda crisis que sacude los cimientos del orden social vigente, la lógica profunda del rechazo a los valores e instituciones de la democracia-individualista-capitalista y la búsqueda simultánea de una nueva democracia-participativa-solidaria en el nuevo marco ético que ella involucra, conducirá a un replanteo de los fundamentos mismos del Estado. Como sabemos, la noción del Estado como vertebrador de la sociedad nacional es nueva. No tiene más de cinco siglos: es Maquiavello quien la utilizó y elaboró por primera vez. Corresponde a la Edad Moderna y constituye uno de los pilares de la Civilización del Egoísmo a cuyo declinar asistimos. Cuando el proceso de desintegración de este tipo de civilización se acentúa todavía más, haciendo incontrolables las contradicciones al interior de los actuales Estados nacionales agudizados por los desequilibrios profundos en la relación Norte/Sur y Este/Oeste, se abrirá un nuevo horizonte histórico que requerirá otros fundamentos para viabilizar un nuevo tipo de civilización.

La búsqueda simultánea de un nuevo orden nacional y de un nuevo

orden internacional, será el gran tema del siglo XXI en la continua marcha de la humanidad hacia formas más altas de realización, según la visión de Theilhard de Chardin.

¿Cuál será esa visión nueva del hombre y la sociedad capaz de vitalizar un nuevo esquema de valores que sirvan de fundamento a nuevas instituciones nacionales e internacionales?

Desde hace unos veinte años, desde Pablo VI, los papas mencionan la necesidad de una civilización que ellos llaman la "Civilización del Amor". Si la Civilización del Amor ha de significar lo que debe significar, es, sin duda, la antítesis de la Civilización del Egoísmo que ha vertebrado el desarrollo de la humanidad en los últimos cuatro siglos.

¿Cuál será el signo distintivo de la Civilización del Amor frente a la Civilización del Egoísmo? En términos cristianos la cuestión es diáfana y está en el categórico rechazo a la respuesta de Caín: "¿Qué tengo yo que ver con mi hermano?" En esta respuesta están la raíz de la Civilización del Egoísmo. El reconocimiento pleno e integral de la esencial comunidad de naturaleza y de destino entre todos los hombres es, en cambio, la raíz de la Civilización del Amor, y el resumen de lo esencial del cristianismo.

En la sociedad comunitaria, en la "democracia participativa", persona e individuo pasan a ser nociones antitéticas. El individuo es el "Yo", la persona es el "Nosotros". Pero un "nosotros" que no puede tampoco disolver la identidad personal en los entes colectivos de la clase social o el Estado.

Es en esta nueva perspectiva histórica, radicalmente diferente a la que genera el capitalismo y la réplica anticapitalista del colectivismo comunista, que la humanidad puede encontrar los valores profundos que encarnen cultural y políticamente la unidad esencial de la raza humana, y las nuevas estructuras institucionales capaces de darle forma y eficacia.

Reitero que nada sería más absurdo e irrelevante que presentar la problemática de la sustitución de las actuales democracias "encarceladas" por la doctrina de la seguridad nacional y al servicio del capitalismo, haciéndolo en "nombre de Dios" ni en función de preceptos religiosos, sólo aceptables para los creyentes. Al utilizar los valores y el lenguaje cristianos no pretendo otra cosa que mostrar que, aun partiendo de estos valores cristianos, que abusivamente son usados para validar la Civilización del Egoísmo, si se ahonda en su contenido real, descubriremos que ellos dan base para una nueva y distinta civilización de la que hoy día se desploma en torno nuestro. Una sociedad nueva y mejor, legitimada por el acatamiento a los imperativos de la

fraternidad (en lenguaje cristiano) o de la solidaridad y el patriotismo, en sustitución de los derechos e intereses individuales. De una nueva democracia en la cual todos los estamentos sociales sean efectivamente participantes y responsables del destino de la comunidad. Y de una nueva economía cuyo motor principal no será más el lucro individual y el enriquecimiento privado, sino la satisfacción de las necesidades básicas de la población, como primera prioridad del esfuerzo productivo. En el fondo, una nueva civilización en que los derechos esenciales de la persona humana sean el basamento y el objetivo supremo del orden social.